

## CAPITULO I

### DEL EFECTO SOBRE LA PRODUCCION DE LA RIQUEZA

<sup>1</sup> Dicen que Mirabeau, el mayor, consideraba la proposición de Quesnay, de reemplazar con el impuesto único sobre la renta (el *impôt unique*) todos los demás, como un descubrimiento igual en utilidad a la invención de la escritura o la sustitución de la permuta por el uso de la moneda.

<sup>2</sup> A quien reflexione sobre la materia, esta frase le parecerá una señal de penetración, no de extravagancia. Las ventajas que se obtendrían sustituyendo por un impuesto único sobre el valor de la tierra los numerosos impuestos con que ahora se recaudan los ingresos públicos, aparecerán cada vez más importantes a medida que se reflexione más sobre ello. Este es el secreto que transformaría la pequeña aldea en gran ciudad. Con la supresión de cuantas cargas oprimen ahora la producción y estorban el comercio, la producción de la riqueza aumentaría con una rapidez hasta ahora no soñada. Esto, a su vez, llevaría consigo un aumento en el valor de la tierra: un nuevo sobrante que la sociedad podría destinar a fines generales. Y relevada de las dificultades inherentes a la cobranza de los ingresos por procedimientos que engendran la corrupción y convierten la ley en un instrumento de intereses particulares, la sociedad podría asumir funciones que, por la creciente complicación de la vida, es de desear que asuma, pero que la perspectiva de la desmoralización política bajo el sistema actual ahora induce a los hombres precavidos a esquivar.

3 Consideremos el efecto sobre la producción de la riqueza.

4 Abolir los impuestos cuya acción recíproca entorpece ahora todos los rodajes del comercio y oprime todas las formas de la actividad económica, sería como quitar un peso inmenso de encima de un resorte poderoso. Saturada de nueva energía, la producción entraría en una nueva vida, y el comercio recibiría un estímulo que se sentiría hasta en las más remotas arterias. El sistema actual de impuestos obra sobre el comercio como lo harían desiertos y montañas artificiales; cuesta más hacer pasar las mercancías por una aduana, que hacerles dar la vuelta al mundo. Obra sobre la energía y la actividad, la destreza y la economía, como una multa impuesta a estas cualidades. Si yo trabajo con más ahínco que otro y me edifico una buena casa, mientras otro se contenta con vivir en una choza, el recaudador de contribuciones anualmente castigará mi energía y laboriosidad cobrándome más que al otro. Si he ahorrado mientras el otro ha gastado, se me multa, mientras el otro queda exento. Si uno construye un buque, le hacemos pagar su osadía como si hubiese perjudicado al Estado; si se abre una línea férrea, allí va el recaudador de contribuciones, como si se causara una molestia pública; si se erige una fábrica, la gravamos con una suma anual que facilitaría mucho el buen éxito del negocio. Decimos que necesitamos capital, pero si alguien lo acumula o nos lo trae, lo gravamos por ello como si le hubiésemos concedido un privilegio. Castigamos con un impuesto al hombre que cubre con mieses en sazón los campos yermos; multamos al que instala una máquina y al que deseca un pantano. Cuán pesadamente gravan estos impuestos la producción, sólo lo comprueban aquellos que han intentado seguir hasta sus últimas ramificaciones nuestro sistema tributario, pues, según he dicho antes, la parte más pesada de la tributación es aquella que aumenta los precios. Evidentemente estos impuestos son de la misma clase que el del bajá egipcio sobre los datileros. Si no obligan a arrancar los árboles, desalientan al menos su plantación.

5 Abolir estos impuestos sería quitar a la actividad productora

todo el enorme peso de la tributación. La aguja de la costurera y la gran manufactura, el caballo de tiro y la locomotora, la lancha pescadora y el buque de vapor, el arado del labrador y el capital del mercader, quedarían igualmente sin impuestos. Todos serían libres de hacer o de ahorrar, de comprar y vender, sin el castigo de los impuestos ni la molestia del recaudador de contribuciones. En lugar de decir al productor, como sucede ahora: "Cuanto más aumentes la riqueza general, tantos más impuestos pagarás", el Estado le diría: "Sé tan laborioso, ahorrativo y emprendedor como quieras; todo el beneficio será tuyo. No serás castigado si consigues dos hojas de pasto donde antes crecía sólo una; no serás gravado por aumentar el conjunto de la riqueza".

6 Y la sociedad ¿no ganaría rehusando así matar la gallina de los huevos de oro; absteniéndose de poner bozal al buey que trilla el grano; dejando a la laboriosidad, al ahorro y a la destreza su recompensa natural completa e intacta? Porque habría también una recompensa natural para la colectividad. La ley de la sociedad es cada uno para todos, tanto como todos para cada uno. Nadie puede guardar para sí únicamente el bien que haga, como tampoco puede guardar el mal. Toda empresa productiva, con la utilidad para sus empresarios, rinde ventajas colaterales a los demás. Si un hombre planta un árbol frutal, su ganancia está en que recoge el fruto en su tiempo y sazón; pero, además de su ganancia, hay otra ganancia para toda la colectividad. Además del dueño, otros se benefician de la mayor oferta del fruto. Los pájaros que en él se acogen, vuelan lejos y en todas direcciones; la lluvia a cuya atracción contribuye, no cae en su campo tan sólo, y hasta a los ojos que lo contemplan desde cierta distancia, da una sensación de belleza. Lo mismo ocurre con las demás cosas. La construcción de una fábrica, de un buque o de un ferrocarril favorece a otros, además de los que obtienen directamente los beneficios. La Naturaleza se burla del avaro. Este es como la ardilla que entierra sus nueces y se abstiene de sacarlas otra vez. ¡Mirad!, germinan, crecen y se hacen árboles. En delicados

lienzos, embalsamada con costosas drogas, era depositada la momia. Miles y miles de años más tarde, el beduino cuece su alimento quemando las cajas que la encerraban, ella genera el vapor que arrastra al viajero en su camino, o es transportada a lejanas tierras para satisfacer la curiosidad de otra raza. La abeja llena de miel el árbol hueco, y después vienen el oso o el hombre.

7 Bien puede la sociedad dejar al productor todo lo que le impele al esfuerzo; bien puede dejar que el trabajador tenga todo el fruto de su trabajo, y el capitalista, el pleno rendimiento de su capital. Porque cuanto más produzcan el trabajo y el capital, tanto más crece la común riqueza, que todos han de compartir. Y en el valor o renta de la tierra está expresada en una forma definida y concreta esta ganancia general. Este es el caudal que el Estado puede tomar mientras deja al trabajo y al capital toda su recompensa. Con la mayor actividad productora, aquél aumentaría proporcionalmente.

8 Y trasladar el peso de los impuestos desde la producción y el cambio al valor o renta de la tierra no sólo sería dar nuevo estímulo a la producción de la riqueza; sería abrir nuevas posibilidades de ella. Porque con este sistema nadie cuidaría de retener tierra sino para usarla, y la tierra ahora substraída al uso, en todas partes se abriría de par en par a las mejoras.

9 El precio de venta de la tierra bajaría; la especulación sobre la tierra recibiría un golpe mortal; el monopolio de la tierra no sería ya provechoso. Millones y millones de acres vedados al inmigrante por altos precios, serían abandonados por los dueños actuales o vendidos a los colonos a precios nominales. Y no sólo en las fronteras, sino en los que ahora consideramos distritos bien poblados. De este modo, en cien millas alrededor de San Francisco se podría utilizar tierra suficiente para sostener, hasta con los actuales procedimientos de cultivo, una población agrícola igual a la establecida ahora desde las orillas del Oregón a la frontera mejicana: una distancia de ochocientas millas. Lo mismo ocurriría en la mayor parte de los Estados occidentales, y en

mayor grado en los Estados orientales más antiguos, porque hasta en Nueva York y Pensilvania la población escasea comparada con la capacidad de la tierra. Y en la misma Inglaterra, tan densamente poblada, esta política abriría al cultivo muchos cientos de miles de acres que ahora son parques privados, cotos para venados y terrenos para caza menor.

10 Porque este plan sencillo de cargar todas las contribuciones sobre el valor de la tierra sería, en efecto, ofrecer la tierra, en pública subasta, a quien pagara mayor renta al Estado. La demanda de tierra fija su valor y, por lo tanto, si los impuestos se cargasen de tal manera que casi absorbiesen ese valor, el hombre que deseara tener tierra sin usarla tendría que pagar casi lo mismo que cualquiera que la necesitase para utilizarla.

11 Y debe recordarse que esto se aplicaría no solamente a la tierra agrícola, sino a toda la tierra. La tierra mineral se abriría de par en par al uso, del mismo modo que la agrícola; y en el corazón de una ciudad nadie podría sustraer tierra al mejor uso, ni en los suburbios pedir por ella más de lo justificado por el uso a que, en cada tiempo, podría destinarse. Donde la tierra hubiese adquirido un valor, el impuesto, en vez de obrar, como ahora, como una multa sobre las mejoras, obraría compeliendo a mejorar. Quien plantase un vergel, sembrara un campo, edificase una casa o levantara una fábrica, por costosas que fuesen, no habría de pagar más impuesto que si dejase ociosa la misma tierra. El monopolizador de tierra agrícola sería gravado como si su tierra estuviese cubierta de casas y graneros, mieses y ganados. El dueño de un solar vacante tendría que pagar tanto por el privilegio de excluir a los demás hasta que él necesite usarlo, como su vecino con una hermosa casa sobre el suyo. Costaría tanto conservar una ringlera de barracas en ruinas sobre tierra de valor, como si estuviese cubierta por un gran hotel o por grandes almacenes repletos de costosas mercancías.

12 Así, la prima que donde el trabajo es más productivo hay que pagar ahora antes de poderlo ejercer, desaparecería. El labrador

no tendría que entregar la mitad de sus caudales, o hipotecar su trabajo durante años, para poder obtener tierra que cultivar; el constructor de una casa en la ciudad no debería desembolsar por un pequeño terreno tanto como por la casa que edifique sobre él. La compañía que tratara de erigir una fábrica no se vería obligada a gastar en un emplazamiento una gran parte del capital. Y lo que se pagaría anualmente al Estado sería en sustitución de todos los impuestos que pesan ahora sobre las mejoras, maquinarias y existencias.

<sup>13</sup> Considerad el efecto de este cambio sobre el mercado del trabajo. La competencia no seguiría siendo unilateral. En vez de competir los trabajadores unos con otros por empleos, deprimiendo así los salarios hasta el límite de la mera subsistencia, los patronos competirían en todas partes por hallar trabajadores, y los salarios subirían hasta las justas ganancias del trabajo. Porque en el mercado del trabajo entraría el mayor de todos los competidores por emplear el trabajo, un competidor cuya demanda no se puede satisfacer hasta que la necesidad sea satisfecha: la demanda del trabajo mismo. Los patronos no tendrían que pujar no sólo con otros patronos, estimulados todos por el mayor negocio y los crecidos beneficios, sino contra la aptitud de los trabajadores para convertirse en sus propios patronos sobre los elementos naturales libremente abiertos a ellos por el impuesto que impediría el monopolio.

<sup>14</sup> Con los elementos naturales así libres para el trabajo: con capital y mejoras exentas de impuestos, y el cambio libre de restricciones, el espectáculo de hombres de buena voluntad impotentes para convertir su trabajo en las cosas cuya falta padecen, sería imposible. Las crisis periódicas que paralizan la actividad económica cesarían; todas las ruedas de la producción se pondrían en movimiento; la demanda se equilibraría con la oferta y la oferta con la demanda; el comercio se extendería en todos sentidos y la riqueza aumentaría en todas las manos.